

**SIEMPRE VENCE
LA VIDA**

José Ganivet Zarcos

SIEMPRE VENCE LA VIDA



{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, marzo 2020

© José Ganivet Zarcos, 2020

© Manuel Ganivet Zarcos, por el prólogo, 2020

© Esdrújula Ediciones, 2020

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Virginia Toro Cuesta

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 302-2020

ISBN: 978-84-17680-33-6

Impreso en España · Printed in Spain

A mis amigos y amigas de *Tardes poéticas*
de la Biblioteca de Andalucía en Granada

Prólogo

por Manuel Ganivet Zarcos

Cuando José Ganivet me invitó a escribir el prólogo de su libro *Siempre vence la vida*, aunque agradecido por el ofrecimiento, mi primera reacción, por nunca haberme visto en algo parecido, fue excusarme, argumentándole que comentar un libro de poemas por alguien, como yo, que, aunque ame la poesía y disfrute con su lectura no es poeta ni dispone de las cualidades de las que, pienso, los poetas suelen estar revestidos no es nada fácil de llevar a cabo, pero dado el interés mostrado y ser quien era el que me lo pedía, con sumo agrado y comprometiéndome, como acostumbro, a poner todo el empeño en hacerlo lo mejor posible, doy comienzo a la tarea.

Antes de iniciar la presentación del poemario *Siempre vence la vida* permitidme que enumere algunos rasgos de la personalidad del autor, para mí que lo conozco desde unos meses antes que lo conocieran sus padres, que son los míos, los más importantes de la misma, aquellos de los que pienso brota y nutre su obra poética.

De apariencia seria, que deja de serlo conforme se le va conociendo, José Ganivet es, sobre todo, una persona cercana, culta, honrada, trabajadora y, por encima de todo, creyente. Creyente, en un Dios trascendente, que para mostrarnos el camino a seguir en pro de un mundo más justo y más humano, en un momento concreto de la Historia se hizo uno de nosotros. Un Dios mamado por José desde su más tierna infancia en el seno de su familia:

desde niño

descubrí en tu palabra mis palabras,

declara en uno de sus versos. Un Dios al que encuentra en la naturaleza, en las personas y, de modo especial, en su propia interioridad, lugar donde se realiza el genuino encuentro con Él.

Tu presencia es al templo donde acudo

cuando el sol hace fiesta en mi ventana

nos dice en otro de sus versos. La contemplación de Dios en la cotidianidad, en la atmósfera campestre, en los niños, en los ancianos y su confesionalidad es a José Ganivet lo que el aire a los pulmones. Es en Dios donde todo adquiere sentido para él: el amor, la alegría, el dolor, la muerte... De ahí un verso tan surgido de sus entrañas como el siguiente:

En mi desolación
me he lanzado a Dios como a un refugio,
asido a la plegaria
como a un paracaídas.

Por la profunda emoción que me produjo al leerlo por primera vez, la misma que siento cada vez que lo hago, no puedo dejar de transcribir algunos versos del poema «Hablo de Dios»:

Hablo de Dios y el mundo se me puebla
de versos,
de violines,
de viento y de campanas.
Hablo de Dios y siento que la lluvia
me inunda,
me traspasa,
se me ahonda y extiende mis raíces
hasta el suelo doliente de otras patrias.
Hablo de Dios y me sonrío un niño,
y en el pecho me crece una esperanza,
y me escribe un amigo, y me sorprende
en la calle una mano hospitalaria.
Hablo de Dios y el corazón, tan débil,
tan frágil hace tiempo, se me agranda,
olvida el desaliento,
y los malos presagios se remansan.

En lo que lo conozco, que no es poco, puedo decir de José Ganivet que las dudas de fe que en ocasiones pudieron rondar por su mente, nunca lo fueron de caridad y menos aún de esperanza. Porque José es de los que desde muy joven se preguntó por el sentido de la vida en toda su radicalidad, encontrándolo en la experiencia de solidaridad con los más olvidados y necesitados de la ciudad de Granada. Y, para no ser reiterativo en la loa, no puedo por menos que recordar cómo en momentos difíciles para él, para reencontrarse consigo mismo y con aquellos a los que por clase y cuna pertenecía, renunció a todo tipo de privilegios.

Lo que acabo de expresar es lo que yo pienso de él, pero quien de verdad, incluso mejor que yo, conoce a José Ganivet es el propio José Ganivet, que en algunos de los poemas del libro *Siempre vence la vida* nos descubre algunos rasgos de su personalidad. Así, en el poema titulado «Semblanza» nos habla de la serenidad de espíritu de la que goza en el momento en que lo escribe:

Tengo el alma cumplida de canciones
y las manos dobladas de esperanza,
una rama de olivo entre los dientes
y enarbolada una bandera blanca.

Soy feliz con un beso, con un libro,
con la voz de un jilguero en mi ventana,

con los versos de Lorca, de Machado,
o con una falseta de guitarra.

Unas páginas más adelante, en el poema «Hace tiempo ni duermo», nos descubre lo que de niño soñó ser, y lo que las circunstancias de la vida le llevaron a desempeñar:

De pequeño soñaba ser actor,
futbolista, profeta, guerrillero,
personaje de comic, luchador...
y otras cosas así sin mayor mérito.
Con ingenio y oscuras influencias
conseguí ser bracero, encofrador,
artesano del cobre, jornalero,
y por ciertos problemas de salud
la mitad de mi vida fui maestro.

Pero será en el poema «Un ángel caído» donde se desnude y nos revele parte de sus sentimientos más personales, más íntimos, más profundos:

Hay un ángel caído que vocea
fieramente su ira en mi garganta.
Me avergüenza el furor de sus pupilas
ardientes como brasas,
la frialdad rectilínea de sus labios,
su rabia incontenida,

insaciables sus ansias de venganza.

También hay una voz
de niño que me pide
volver a la inocencia
perdida de la infancia,
a devolver sonrisa por agravio,
silencio por ofensa
y perdón compasivo por infamia.

La sinceridad de sus versos y su compromiso con las circunstancias del tiempo en que le ha tocado vivir hacen que la poesía de José Ganivet poco o nada tenga que ver con la de otros poetas, que tienden a destemporalizar la lírica mediante el empleo de las imágenes en función más conceptual que emotiva. Por el contrario, la de José es una lírica que bebe en las aguas vivas de la vida, lírica solidaria que con frecuencia utiliza como arma para combatir las desigualdades y defender la dignidad y los valores del ser humano. Porque en los tiempos de crisis en los que nos han tocado vivir, el poeta que de verdad quiere serlo está obligado a dar una respuesta contundente y clara, y no enajenar el problema de la percepción del mundo externo como algo extraño al hecho poético. Su labor en cualquier momento y lugar debe consistir en una investigación continua, fundamentada sobre dos planos básicos: el del conocimiento de la realidad y el del modo de transformarla. Los poetas, como José Ganivet hace, deben

posicionarse y tomar partido contra la injusticia, o al menos hacer de bálsamo que alivie el sufrimiento de aquellos que la padecen.

Como dejó escrito Antonio Machado, al poeta no le está permitido discurrir fuera del tiempo, porque al escribir piensa en su propia vida y en las circunstancias que la rodean, que fuera del tiempo carecen de sentido, no son nada. El intelecto jamás ha cantado. Su función en la poesía no es otra que señalar al poeta el imperativo de su esencialidad, sin el que la poesía no sería posible. Las ideas del poeta son intuiciones que devienen de su ser, de su propio existir. Sentido en el que se puede afirmar que el poeta profesa como metafísica el existencialismo, metafísica en la que el tiempo alcanza un valor absoluto. Inquietud, angustia, temor, resignación, impaciencia, esperanza, compromiso, a los que José Ganivet canta, son signos del tiempo, a la vez que revelaciones de su propio ser, de su propia conciencia.

Tampoco es José Ganivet de los que en su obra poética manifiesta un culto excesivo a la palabra, que para él no pasa de ser un signo o combinación de signos en pos de expresar una idea o de manifestar un sentimiento. Poeta para él no es el que utiliza un vocabulario críptico, artificioso y rimbombante, sino el que maneja un verbo inteligible, rítmico y armonioso. Ritmo que le sirve y utiliza, como el biello de aventar en la era, para depurar su pensamiento al tiempo que separar la paja del trigo, lo

excesivo de lo conciso. El verbo de los poetas, como el ejemplo de los santos, debe ser tan diáfano que no requiera ser descifrado para remover los espíritus, que es lo que José Ganivet consigue en el poemario *Siempre vence la vida*. Un verso que, sin requerir juicio o razonamiento alguno, por el solo hecho de ser verso, contiene emoción, pasión, milagro musical. Al poeta con mayúscula le caracterizan no tanto sus ideas, sus palabras, su doctrina, su estilo, cuanto su capacidad emocional, el pathos, por el que, caldeándose interiormente, pasa de lo informe a la idea que lo define, y de la idea a la palabra que lo expresa y lo revela. La poesía, por tanto, es la esencia misma del espíritu y de la inteligencia, la desnudez libre y perfecta de la idea en su forma única y justa. Nada mejor que el poema «Un ángel desvalido» para conocer lo que el autor de *Siempre vence la vida* piensa sobre la poesía:

Un poema es un ángel desvalido
que derrama su luz; que verso a verso
nos regala su música, su ritmo,
su palabra precisa y su argumento.

Un poema navega por el aire
como un pétalo libre, sin destino,
aguardando unos labios que desgranen
en silencio su forma y su sentido.

Un poema es el eco fugitivo
de un seísmo en el alma, un desahogo.

Y en los días oscuros, el alivio
de decirte la vida sorbo a sorbo.

De la poesía de José Ganimet, entre otras cosas, se ha dicho que no es la del joven que se inicia, que tímidamente va buscando su camino literario, sino la del adulto experimentado que saca conclusiones desde una perspectiva analítica del sentimiento y las plasma en un papel, o la del adulto reflexivo que profundiza en su yo más íntimo en la búsqueda de las esencias que nos hacen más humanos, más débiles, al tiempo que más auténticos. Poesía que huye de toda palabra, de todo verso y de toda forma amanerada o artificiosa.

Hay poetas que en sus versos acostumbran a fingir la alegría, la tristeza o el dolor que en realidad no sienten. José Ganimet, por el contrario, profundiza en sus vivencias personales, las reflexiona y las razona, dejando a continuación que el sentimiento, lejos de cualquier artificio, haga su aparición. De su poesía se puede afirmar que es el diálogo del hombre con su tiempo, con sus experiencias, con sus sentimientos. Baste como ejemplo las siguientes estrofas del poema: «Los niños de las moscas en los ojos», a los que tan acostumbrados estamos a ver en los medios de comunicación referidos a niños del tercer mundo, y que José ha vivido, sufrido y colaborado, junto a otros muchos, para que desaparecieran en barrios muy próximos del lugar del que en este momento nos encontramos.

Los barbechos son campos de pecado
contra todos los niños de las moscas
en los ojos, de vientre abotagado,
de párpados marchitos.
Niños flacos de sombras afiladas,
de mandíbula duras...

¿Quién podrá detenerlos cuando hilvanen
la trama de sus vidas;
cuando intuyan posibles paraísos
en el hierro afilado de sus lanzas,
en la oscura garganta de sus rifles?
Si fracasan el miedo y su estrategia,
los trescientos sesenta meridianos,
la tierra escriturada,
los caminos del aire, serán suyos.

Otros han calificado a José Ganivet como poeta de cuño lorquiano, que consigue revivir el vigor de sus sentimientos con la fuerza lírica que le proporciona su excelente y equilibrada cadencia sonora, al tiempo que de poeta que sabe tratar temas tradicionalmente líricos como otros más actuales, relativos a dramas de seres humanos que se encuentran al margen de la humanidad, o viven en la sordidez de una existencia sin futuro.

Para mí que, como dije al principio, no soy poeta ni técnico en la materia, es en la poesía de temática religiosa

donde José Ganivet alcanza las cotas más altas de sinceridad y belleza. En su continuo diálogo con Dios es tal la confianza con la que se dirige a Él, que no duda, como hace en el poema «Extramuros», en recordarle con urgencia que los más oprimidos y olvidados del planeta, aquellos a los que vino a redimir del oprobio y la miseria, todavía continúan en ella.

Esta calle, Señor, sabe a peligro;
barrunta meningitis,
navajazo,
patadón en el centro de las ingles...
... Aquí tienen asiento:
utópicos, pirados,
pordioseros de todos los pelajes,
yonkis,
desesperados...
... consumidas ancianas que poblaron
un día los locales
de alterne...
... peregrinos de rumbos desnortados
rondando paraísos de sopa y bocadillo
en los húmedos atrios de los templos.
Miserables, rufianes, que negocian
helado el corazón de aquella niña,
tan blanca, que hace tiempo
soñó con ser princesa y ahora se malvende

tendida en la escombrera de sus sueños.
Aquí todos se saben morralla de una lonja,
de todas las secretas,
clandestinas, subastas de los sueños.
Señor, están aquí
algunos de los tuyos,
los de toda la vida,
aquellos que algún día
—lo dijiste—
serán los invitados a tu mesa.

Para poetas como Dámaso Alonso y León Felipe, la poesía es fervor y claridad. Fervor, deseo y unión con las entrañas del mundo y su causa primera. Claridad por la que el mundo es comprendido de un modo distinto, más profundo, más intenso. Fervor procedente del fondo más oscuro de nuestra existencia, por su origen y dirección cercano al fervor religioso, con el que frecuentemente se asocia. Partiendo de dicha reflexión, poeta sería la mujer o el hombre dotados en grado eminente de este fervor religioso y esta claridad, al tiempo que de una feliz capacidad de expresión, aquel que concluido un poema consigue producir en el lector una conmoción igual o parecida a la que fue el punto de partida en la creación del mismo. Cualidades que con luz propia brillan en el poemario *Siempre vence la vida*, en el que la expresión de la realidad aparece iluminada por la fervorosa claridad de la poesía:

realidad profunda, oculta y sólo intuita por la facultad poética.

Como resumen y final paso a enumerar lo que para José Ganivet en el poemario que estamos presentando es vida, alegría, gozo, o por el contrario tristeza, desengaño o muerte.

Vida es: besar y ser besado. En voz alta leer los versos de Lorca, de Machado, de San Juan de la Cruz. Sentirse libre como el viento que mueve la vela de una barca. Madrugar al alba y contemplar las calles repletas de chiquillos, que intrépidos arrastran mochilas y bufandas; ver a maestros, obreros y criadas, en silencio, acudir a su cita diaria con el trabajo; y escuchar, con su timbre de bronce, la campana de una iglesia.

Muerte, por el contrario, es: la tristeza del adiós, las despedidas, el silencio imponente de la nada. Las penas que pervierten la vida y la malean. El ruido airado de los motores que ensordecen las avenidas de las ciudades. Las prisas que amordazan las palabras y abortan los encuentros. La presencia de aquellos que atraen las tormentas, que no saben de paz ni de ternura, que consiguen vencerte o te abandonan. Signos de muerte son también: que todas las estrellas nos quepan en el puño de una mano; que el sol venga a nuestra puerta cada vez más vencido, más cansado; que dejemos de hablar con Dios, por creer que no nos escucha; que los días nos parezcan demasiado largos y que las rosas nos huelan a crisantemos.

Siempre vence la vida

PARTE PRIMERA

Me gustan por la mañana
el despertar de los pájaros,
el canto de las sirenas
y el crujir de tus zapatos.

(Del libro *Lo más jondo*)

Siempre vence la vida

A Domingo Materdey

Nada existe más frágil que la vida.
Estrenada. Brotando de la tierra.
De los fondos marinos. Y arrecida,
de los altos neveros de la sierra.

Objetivo del odio y de la guerra,
no se rinde. No acepta su caída.
No se ahoga en el llanto ni se encierra
en quejidos de cierva malherida.

Vencedora del sino, de la suerte,
del dolor sin remedio y de la muerte,
en los chopos y humildes matorrales,

en los grandes y oscuros hospitales,
cada instante se hunde y resucita
polimorfa, gigante, pequeña...

Yo no pedí nacer

Yo no pedí nacer, pero nacido
el calor de la tarde me sana
la tristeza por dentro, y los olivos,
y la danza coral de las palmeras.

Y el aroma del pan recién cocido,
y el calor del rescoldo, y la tibieza
del brasero en invierno, y el bramido
indomable del trueno en la tormenta.

Y, tan leves, el tacto y el latido
de tus manos pequeñas, tu sonrisa:
el susurro trigal de tu palabra.

Yo no pedí nacer, pero nacido
qué tristeza el adiós, las despedidas,
el silencio imponente de la nada.

Un poema es un ángel desvalido

Un poema es un ángel desvalido
que derrama su luz; que verso a verso
nos regala su música, su ritmo,
su palabra precisa y su argumento.

Un poema navega por el aire
como un pétalo libre, sin destino,
aguardando unos labios que desgranen
en silencio su forma y su sentido.

Hay poemas que saben a tormenta,
a cipreses mecidos por el viento,
a romance de ciegos, a rayuela
con chiquillos jugando en el colegio.

Y poemas que nacen malparidos,
doblegados al juez que los embrida,
al señor a quien sirven con el brillo
de sus ritmos solemnes y sus rimas.

Un poema es el eco fugitivo
de un seísmo en el alma, un desahogo.
Y en los días oscuros, el alivio
de decirte la vida sorbo a sorbo.

Semblanza

A Ángel Alonso, guitarrista

Tengo el alma cumplida de canciones
y las manos dobladas de esperanza,
una rama de olivo entre los dientes
y enarbolada una bandera blanca.

Tengo el paso seguro y todavía
mi corazón, aunque dolido, canta
cuando menos lo espero; late firme
y, estremecido, se enamora y ama.

Es difícil vivir algunas veces,
pero lucho la vida, y por lucharla
no le temo al esfuerzo, ni al cansancio,
ni a la rutina que vivirla entraña.

Soy feliz con un beso, con un libro,
con la voz de un jilguero en mi ventana,
con los versos de Lorca, de Machado,
o con una falseta de guitarra.

Hace tiempo que tengo libre, al viento,
en su mástil, la vela de mi barca;
que más allá de los favores diarios
a nadie debo ni me deben nada.

Al alba

A Pedro Ramírez y a M.^a Nieves Cifuentes

Cantan los ruiseñores.

Cada mañana
se despierta la vida,
madruga el alba.

Y las calles desiertas se repletan
de prisas, de pisadas,
de motores ruidosos, de sirenas,
de chiquillos intrépidos que arrastran
mochilas y bufandas;
de maestros,
de obreros,
de criadas;
de mujeres y hombres que caminan
en silencio a su cita con las fábricas.

¡Y suena en la espadaña
minúscula del templo,
con su timbre de bronce, la campana!

El aire, ya de oro,
es un eco de música y de alas
de blancas mariposas,